

EL DÍA 7 DE MAYO DE 1991, EL OCEANÓGRAFO FRANCÉS COMANDANTE JACQUES-YVES COUSTEAU RECIBIÓ DE MANOS DEL PRESIDENTE DE LA GENERALITAT, JORDI PUJOL, EL PREMIO INTERNACIONAL CATALUÑA DOTADO CON 100.000 DÓLARES USA. SEGÚN CONSTA EN EL ACTA NOTARIAL, JACQUES-YVES COUSTEAU RECIBIÓ EL PREMIO POR LOS SIGUIENTES MÉRITOS:

PRIMERO: POR SU VISIÓN GLOBAL Y TOTALIZADORA DE LA TIERRA COMO PLANETA VIVO E INTERDEPENDIENTE, COMO ECOSISTEMA INTEGRADO POR TODOS SUS ELEMENTOS: LOS MARES Y LOS HOMBRES, LA ATMÓSFERA Y LAS SELVAS, EL PLANCTON Y LOS HIELOS.

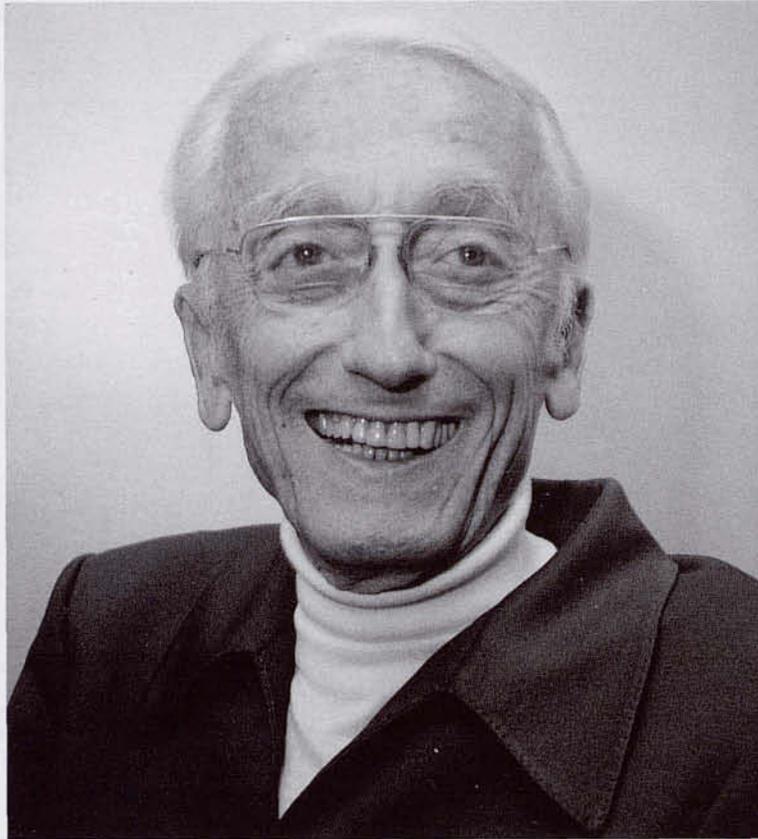
SEGUNDO: POR SU EXTRAORDINARIA TAREA OCEANOGRÁFICA, LLEVADA A CABO DESDE EL MEDITERRÁNEO HASTA LA ANTÁRTIDA, A BORDO DE LA NAVE "CALYPSO". EL COMANDANTE COUSTEAU HA ESTUDIADO Y HECHO COMPRENDER QUE EL MANTENIMIENTO DE LA VIDA SOBRE LA TIERRA DEPENDE DE LA RAPIDEZ CON QUE SEAMOS CAPACES DE CONSEGUIR QUE EL DESARROLLO ECONÓMICO NO COMPORTE LA DESTRUCCIÓN DEL MEDIO AMBIENTE. EN CASO CONTRARIO, AFIRMA JACQUES-YVES COUSTEAU, EL HOMBRE SE AÑADIRÁ A LA LISTA DE LAS ESPECIES DE LA NATURALEZA EN PELIGRO.

TERCERO: PORQUE SU DISCURSO INTERDISCIPLINAR HA SUPERADO CUALQUIER CONNOTACIÓN PARTIDISTA Y, UTILIZANDO LOS SOPORTES COMUNICATIVOS DE NUESTRA SOCIEDAD TECNOLÓGICA, HA LLEGADO A TODO EL MUNDO Y HA CREADO UNA VASTA Y AUTÉNTICA CONCIENCIA ECOLÓGICA.

CUARTO: PORQUE, CON SU ESPÍRITU VALEROSO Y AVENTURERO, HA VINCULADO LA CIENCIA CON LA VIDA, BÚSQUEDA E IMAGEN QUE CONSTITUYEN, ESPECIALMENTE PARA LOS JÓVENES, UN EJEMPLO DE LO QUE EUGENI D'ORS CONSIDERABA LA META IDEAL DEL HOMBRE: APRENDIZAJE Y UN HEROÍSMO CONSTANTES.

CATALÒNIA OFRECE EL TEXTO DEL DISCURSO QUE, EN ESTA OCASIÓN, PRONUNCIÓ EL COMANDANTE COUSTEAU.

# III PREMIO INTERNACIONAL CATALUÑA



© ELOI BONJOCH

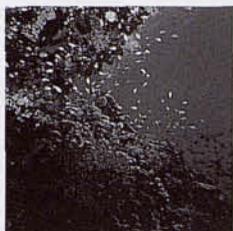
JACQUES-YVES COUSTEAU OCEANÓGRAFO

**C**on gran emoción acabo de recibir el III Premio Internacional Cataluña 1991, otorgado anualmente por el Instituto Catalán de Estudios Mediterráneos, y casi me escondo bajo la mesa al oír el elogio que me han dedicado. Pero así como no merezco palabras tan encomiásticas, sí las merecen, en cambio, los miembros del equipo con el que he trabajado, que a lo largo de estos años han soporado condiciones muy duras. Hubiera deseado dominar la lengua catalana para poder discurrir sobre la vida de a bordo, pero desgraciadamente la com-

prendo con dificultad y no sé hablarla. La razón de mi presencia aquí es sin duda consecuencia de esa vida consagrada a la lucha por salvar todo lo que puede salvarse en nuestro entorno, y que constituye el tesoro que vamos a legar a nuestros descendientes. Aun queriendo no dramatizar, debo advertirles que el futuro de la humanidad a largo plazo es, a mi juicio, bastante comprometido. Las razones de esta afirmación las he enumerado tantas veces que dudo en volver a hacerlo. Sin embargo, quiero subrayar que el factor más importante, lo que cada día es más

evidente (y la catástrofe de Bangladesh demuestra la urgencia del tema), es que sufrimos, ante todo, una superpoblación.

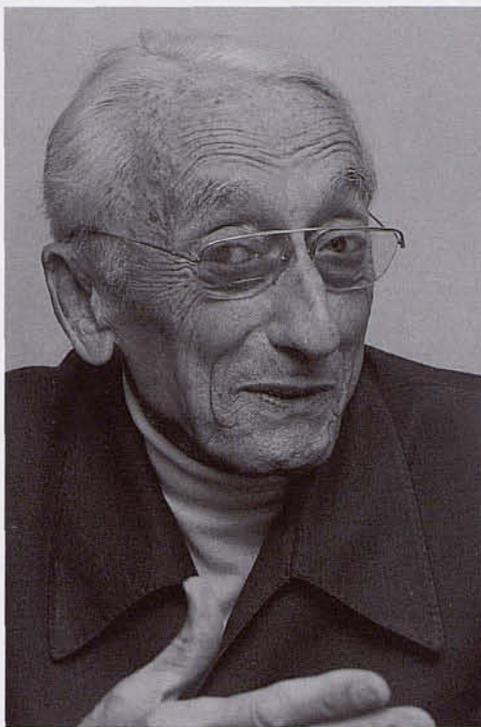
En la Tierra hay demasiada gente. Basta decir (y me remito a las cifras difundidas esta mañana) que la población de la región de Bangladesh donde ocurrió la catástrofe aumentó en 30 millones de personas en sólo 10 años. Si las catástrofes son tan mortíferas es porque se ceban en aquella costa, próxima a zonas de pesca, próxima a tierras fértiles, donde la población se hacina en chozas y cabañas ruinosas, siempre a merced de



la intemperie: así, cuando se desencadena un ciclón, se produce una tragedia. Cuanto más numerosos somos, más vulnerables.

Los estudios que he realizado y que han sido corroborados, como comentaba con algunos miembros del jurado, por un gran organismo americano, demuestran que nuestra tierra no podrá soportar mucho tiempo (y, en todo caso, jamás a perpetuidad) una población de mil millones de personas viviendo en las condiciones propias del mundo occidental. Actualmente somos seis mil millones. En el curso de mi vida la población mundial se ha triplicado. En el curso de la vida de uno de mis hijos volverá a triplicarse y alcanzaremos una cifra absurda, imposible. Evidentemente, gracias a los avances tecnológicos, quizá podrán alimentarse dieciséis mil millones de personas: pero, ¿es éste nuestro objetivo? ¿Asegurar la supervivencia de dieciséis mil millones de personas? ¿No sería preferible ser menos numerosos pero vivir con plenitud, disfrutando de la herencia que nos dejaron la creación y la naturaleza? Para mí la alternativa está clara, y en la Fundación, aunque con pocas esperanzas, actualmente concentramos nuestras energías en el tema de la superpoblación, una vez superada la cuestión de la Antártida.

A parte de la superpoblación, existe otro fenómeno que se ha producido a lo largo de los dos últimos siglos: durante unos dos mil millones de años, la débil constitución del hombre (sin colmillos, sin garras, sin caparazón para protegerse) no garantizaba su supervivencia, el hombre era un ser vulnerable, y sobrevivir significaba una lucha constante contra la naturaleza. No fue hasta poco tiempo atrás, menos de dos siglos, cuando consiguió dominar todas estas epidemias y demás peligros naturales y convertirse en dueño de la situación. Pero tendría que haberse producido un giro de 180 grados para que se erigiese en



JACQUES-YVES COUSTEAU

protector de la naturaleza en lugar de ser su enemigo, y tardamos demasiado tiempo en comprender tal necesidad. Ésa es una de las razones que explican el actual deterioro de nuestro planeta. Más de un millón de especies han desaparecido para siempre, cifra que equivale a un 8 % de todas las especies que vivieron en la tierra.

Si hoy les hablo de estas cuestiones es porque hay que establecer urgentemente una estrategia y, a la vista de dicha estrategia, determinar procesos de toma de decisiones. Ahora bien, la toma de decisiones, hasta hoy, no ha sido más que una forma de acabar con la indecisión. Cuando un hombre enérgico exclama: "¡Debo tomar una decisión!" no llega muy lejos, pero tranquiliza a los demás. Podríamos decir que se trata de una cuestión de temperamento. Hay personas decididas por temperamento, como las hay que son amantes del deporte. Y eso, como pueden suponer, no nos lleva muy lejos.

Nuestra sociedad, por otra parte, vive sumida en el reino del corto plazo. Las empresas presentan sus resultados anualmente, y, con respecto a los resultados políticos, están determinados por



el mandato electoral: ninguno supera los cinco o, a lo sumo, diez años. Para nosotros, sin embargo, no se trata de eso: se trata de asegurar la supervivencia de nuestros descendientes no sólo durante diez años, sino mil, quizá un millón, o mil millones de años. Es decir, se trata de tomar decisiones relevantes que no deterioren el capital natural que heredamos. Evidentemente, se ha producido una serie de equívocos. Intentaré resumirlos porque sé que no dispongo de mucho tiempo. De entrada, el primer equívoco con que tropezamos es que los licenciados de las grandes escuelas o universidades prestigiosas se creen los únicos que saben lo que es bueno para el resto de la población, es decir, para los "pobres ignorantes". Eso contraría los mismos principios de la democracia y también los hechos, porque tenemos razones suficientes para creer que, cuando la opinión pública se manifiesta de forma radical, solidaria y organizada, es capaz de modificar las decisiones políticas o las decisiones industriales.

El segundo equívoco es creer que la ciencia, producto del genio humano, va a resolver todos los problemas. Esta teoría hace que los tecnócratas digan, por ejemplo: "Aún no sabemos qué vamos a hacer con los residuos nucleares, pero ya encontraremos la forma de hacerlos desaparecer. Sigamos adelante..." Así, la ciencia puede resolverlo todo y, no obstante, el objetivo de la ciencia nada tiene que ver con esto. El objetivo de la ciencia es investigar para profundizar nuestro conocimiento del universo, sin finalidad práctica alguna.

El tercer equívoco lo constituye el hecho de que quienes se apropiaron del uso de la ciencia con vistas a las decisiones prácticas, los técnicos, se han convertido en tecnócratas. Y no es eso lo que se les pide. Deslumbrados por las posibilidades de aplicación del nuevo saber, los ingenieros creen estar facultados para tomar cualquier decisión nacional. Les daré una prueba de la exacti-



JACQUES-YVES COUSTEAU Y JORDI PUJOL



tud de mi afirmación: hace algunos años, cuando el señor Georges Pompidou era presidente de la República Francesa, me entrevisté con él para tratar de un asunto referente al mar. Había que tomar importantes decisiones contrarias a ciertas orientaciones nacionales. Estuvimos hablando durante tres cuartos de hora. Cuando terminé mi exposición, hizo una serie de observaciones para demostrarme que conocía el tema con profundidad, tal vez mejor que yo, y al despedirse añadió: "No olvide, Cousteau, que un presidente de la República Francesa nada puede contra sus grandes servicios." Esto significa que las decisiones francesas, como sucede en América y en otros sitios, las toman los grandes servicios y no los políticos, relegados a ejercer un papel de marionetas cuando se trata de decisiones que ponen en juego el futuro de la humanidad. Esta frase me sorprendió, y todavía sigo sacando conclusiones de ella. Decisiones tan trascendentes como las referidas a las nucleares, por ejemplo, deberían adaptarse después de un intenso debate entre economistas, ecologistas, técnicos, sociólogos, filósofos e incluso poetas. Pero no sucede nada de esto. Los jefes de servicio deciden, y los demás acatamos.

El cuarto equívoco corresponde al tercer poder. En toda democracia, el poder se divide constitucionalmente en poder legislativo y poder ejecutivo y, en teoría, es una excelente división que ha dado pruebas de su eficacia. Sin embargo, la realidad es distinta. Existe un tercer poder que se adjudica abusivamente el derecho de hablar en nombre de la nación: me refiero a ciertos funcionarios que no han sido elegidos y que hablan en representación de su país. Tenemos varios ejemplos, y me gustaría exponerles tres o cuatro.

Hace aproximadamente doce años, la Comisión Internacional Ballenera propuso votar una moratoria para proteger determinadas especies de ballenas. In-

tenté ejercer cierta influencia para cambiar la tendencia del voto, que siempre era negativo. Durante unos años se dijo no a la moratoria. Al examinar los países que habían votado en contra, me sorprendió encontrar a Canadá, que no se dedica a la captura de la ballena. Entonces fui a ver al primer ministro, el señor Trudeau, y le pregunté: "¿Por qué vota Canadá contra la moratoria?" Él me respondió: "¿Cómo dice? ¿Que Canadá vota contra la moratoria? No sabía nada". Llamó por teléfono y Canadá cambió de posición. Así de fácil. Los funcionarios se habían atribuido el derecho de hablar en nombre de Canadá, sin consultar con los representantes del pueblo.

El mismo fenómeno se repitió en Francia más recientemente. Hubo un debate sobre determinados métodos de pesca, como por ejemplo las grandes redes a la deriva que arrastran cuanto encuentran a su paso y devastan el mar, absolutamente reprobables. Me pareció asombroso que Francia, mi país, no votara sistemáticamente en contra. Fui a ver al Primer Ministro, el señor Rocard, para preguntarle el porqué, y me encontré ante la misma situación. Rocard dijo:

"¿Cómo? ¿Francia no vota contra la pesca a la deriva? ¡Es imposible!" Llamó por teléfono y Francia modificó su posición.

Éste es el tipo de paradojas que se producen, y todavía nos queda un ejemplo más asombroso y bien reciente: fue en Madrid, hace menos de quince días, durante la conferencia sobre la Antártida. Sabía desde hacía tres años que el principal obstáculo a la prohibición de toda actividad minera en la Antártida eran los Estados Unidos y América. Por ello, me dispuse a trabajar la opinión de los representantes del pueblo, es decir, a discutir con diputados, senadores, comisiones, etc. Testifiqué en más de una ocasión ante comisiones parlamentarias y del Senado, hasta que conseguimos una declaración del Senado a favor de la total protección de la Antártida y una ley parlamentaria que prohibía a cualquier ciudadano americano tomar parte, directa o indirectamente, en las explotaciones mineras de aquella zona. Una vez aprobada la ley, debía ratificarla el presidente de la República, el señor Bush. Entonces me dirigí al presidente Bush y la firmó. Parecía, pues, que habíamos conseguido modificar la actitud oficial americana, pero no fue así. Los funcionarios de Asuntos Extranjeros siguieron promoviendo, hasta Madrid, su propia opinión como si se tratase de la posición americana, es decir, contra el poder legislativo y contra el poder ejecutivo. Por eso afirmo que existe un tercer poder, el poder burocrático, que hay que dominar, porque es uno de los factores que puede poner en peligro el futuro de la humanidad.

Si bien es importante aclarar tales equívocos y establecer una doctrina para que quienes en el futuro tomarán las decisiones no pongan en peligro la habitabilidad del planeta o la supervivencia de las generaciones venideras, también es indispensable, por un lado, crear unos estudios universitarios con este fin, que llamamos exotécnica; en este



© ELOI BONJOCH

sentido, hay una serie de universidades ya comprometidas, empezando por la Universidad Libre de Bruselas. Por otro lado, hay que definir una estrategia a largo plazo. Dicha estrategia debe garantizar, evidentemente, la supervivencia de nuestra especie, pero no una mera supervivencia: debe garantizarla en condiciones de decencia y plenitud, es decir, que permitan el desarrollo de la cultura, el arte, las ciencias y todo aquello que constituye nuestra civilización. Ninguna decisión táctica tendría que oponerse al objetivo de esta estrategia. Hay que enseñar a las personas que tendrán que tomar decisiones a reflexionar, a convocar, a organizar un debate para saber si determinada decisión es positiva o negativa en relación al objetivo estratégico. Ésta es una de las cosas que queremos instaurar, y creo que nos hallamos en el buen camino. Cierto es que el peligro y el riesgo son factores que han existido y existirán siempre, pero hay distintas formas de peligro y distintas formas de riesgo. Están, en primer lugar, los peligros naturales, sean los que sean; cuanto más avance la tecnología más medios tendremos para protegernos de esta forma de peligro. En segundo lugar están los riesgos

individuales, asumidos deliberadamente por el individuo, que implican una serie de comportamientos: desde el heroísmo hasta la locura o el suicidio. En todos los casos, los errores o faltas cometidos en relación a la evaluación de los riesgos individuales no tienen consecuencias sociales importantes. No sucede así, sin embargo, con los riesgos colectivos. En nuestra sociedad, desgraciadamente, estas decisiones las adopta una minoría de personas que hace correr el riesgo a los demás. Desde una perspectiva moral, pues, hay algo que no funciona y que es necesario cambiar. Pero aún existe una tercera forma de riesgo, que ya he insinuado y con la que quiero terminar: el riesgo al que exponemos, no a las generaciones actuales, sino a las futuras. Hay un sinnúmero de ejemplos —y no voy a insistir en ellos porque de sobra los conocen— de cosas que nuestra generación inició y que tienen consecuencias espeluznantes. Se trata de un auténtico genocidio de efectos retardados, de un espantoso crimen del que a menudo no son conscientes ni sus propios autores. Es esta cuestión, entre otras cosas, la que, a mi juicio, urge más modificar en el seno de nuestra sociedad.

Para terminar, añadiré que de mi contacto con la naturaleza he aprendido que la vida tiene una unidad: esa unidad que reencontramos en los animales más extraños y más alejados de nosotros, especialmente en los animales marinos, que tienen las mismas motivaciones que los animales terrestres y las mismas motivaciones esenciales que los seres humanos. No me estoy refiriendo al antropomorfismo, sino a todo lo contrario del antropomorfismo: actualmente estamos investigando cuáles son las raíces animales de nuestro comportamiento para poderlas comprender y dominar mejor. Y ese estudio de la naturaleza sólo puede realizarse, evidentemente, en presencia de una naturaleza rica y variada. Que todavía queden poco más de once millones de plantas, insectos y animales de distintas especies es tranquilizador, pero no quita la angustia de pensar que en sólo doscientos años se ha suprimido el 8 % de ellas. Por eso deseo que cada día, y gracias a esfuerzos como el de ustedes y como el nuestro, haya más gente que sea consciente de estos peligros y decida consagrar su vida a cambiar esta situación, para mayor suerte de nuestros descendientes. ■



© FRANCESC FRAILE



© FRANCESC FRAILE